CATORCE ROMANCES

Á LA PASION

DE CRISTO.

por

Lope de Vega.



CARMONA:=1862.
Imprenta de D. José Maria Moreno.



ROMANCE I.

Al despedimiento de Cristo y la Virgen.

Los dos mas dulces Esposos,
los dos mas tiernos amantes,
los mejores Madre é Hijo,
porque son Cristo y su Madre.
Tiernamente se despiden,
tanto, que solo en mirarse
parece que entre los dos
se está repartiendo el cáliz.
Hijo, le dice la Virgen,
ay, si pudiera escusarte
esta llorosa partida
que las entrañas me parte.
A morir vais, hijo mio,
por el hombre que criásteis,
que ofensas hechas á Dios
Solo Dios las satisface.

No se dirá por el hombre
quien tal hace que tal pague,
pues que Vos pagais por él
al precio de vuestra sangre.
Dejadme, dulce Jesus,
que mil veces os abrace,
porque me deis fortaleza
que á tantos dolores baste.
Para llevaros á Egipto
hubo quien me acompañase,
mas para quedar sin Vos,
¿quién dejais que me acompañe?
Aunque un ángel me dejeis
no es posible consolarme,
que ausencia de un Hijo Dios
no puede suplirla un ángel.
Siento yo vuestros azotes,
porque vuestra tierna carne,
como es hecha de la mia,
hace tambien que me alcance.
Vuestra cruz llevo en los hombros
y no hay que pasar adelante,
que si á los vuestros aliento,
aunque soy vuestra, soy Madre.

Mirando Cristo á María
las lágrimas venerables,
á la Emperatriz del cielo
responde palabras tales:
Dulcísima Madre mia,
Vos y Yo dolor tan grande
dos veces le padecemos,
pues le padecemos antes.
Con Vos quedo aunque me voy,
que no es posible apartarse
por muerte ni por ausencia
tan verdaderos amantes.
Yo siento mas que mi muerte
el ver que el dolor os mate,
que el sentirlo y padecerlo
en mi son penas iguales.
Madre, Yo voy á morir,
porque ya mi eterno Padre
tiene dada la sentencia
contra mí, que soy su imágen.
Por el mas errado esclavo
que ha visto el mundo, ni cabe,
quiere que muera su Hijo;
obedecerle es amarle.

Para morir he nacido:
él ordenó que bajase
de sus entrañas paternas
á las vuestras virginales.
Con humildad y obediencia
hasta la muerte ha de hallarme;
la cruz me espera, Señora,
consuele os Dios, abrazadme.
Contempla á Cristo y María,
alma en tantas soledades,
que ella se quedo sin Hijo,
y que él sin Madre se parte.
Llega, y dila: Vírgen pura,
¿quereis que yo os acompañe?
que si te quedas con ella
el cielo puede envidiarte.

ROMANCE II.

A la oracion del Huerto.

Hincado está de rodillas
orando á su Padre inmenso
el que á la diestra sentado
juzgará vivos y muertos.

Como ha de morir en monte,
en el monte está el Cordero,
para ver, pues vió la hostia,
el cáliz donde le ha puesto.
A las palabras que dice
las peñas se enternecieron,
que apenas de Dios las peñas
saben hacer sentimiento.
De ver á Dios de rodillas
se está deshaciendo el cielo,
aun los rayos del Padre
se alegran de verle en medio.
Si dice Dios que su alma
tristeza está padeciendo,
¿cómo ha de haber cosa alegre
en la tierra ni el cielo?
Que para verificarse
que era hombre verdadero,
fué menester que su carne
tuviese la muerte en medio.
Al fervor de la oracion
sudó sangre todo el cuerpo,
que sus deliciosos poros
quedaron todos abiertos.

Aquel bálsamo precioso
cogió la tierra en el seno,
que como madre del hombre,
quiere guardar su remedio.
Echóse en tierra Cristo,
dejando su rostro impreso,
que es de amantes dar retratos
cuando se están despidiendo.
Al padre vuelve la espalda,
para que en sus hombros tiernos
den los rayos de su ira,
no al suelo que está cubierto.
En fin, volviendo la cara,
de su mismo Padre espejo,
movió al cielo con la voz
á lástima y á silencio.
Pase este cáliz de mí,
si es posible, Padre Eterno,
mas no se haga mi gusto,
tu voluntad obedezco.
Crecieron tanto las ansias,
que fué menester que luego,
rompiendo un ángel los aires,
bajase á darle consuelo.

¡Ay Jesus de mis entrañas!
como babeis llegado á tiempo
que os consuelen siendo Dios,
las criaturas, qué has hecho!
¡A dónde estais, Vírgen pura!
que á falta vuestra los cielos
un ángel á Cristo envian:
llegad, consoladme presto.
Decidle: Dulce Hijo mio,
cuando ayunaste vinieron
mil ángeles á esforzaros
con soberano sustento.
Cuando naciste bajaron
dos mil ejércitos bellos;
y cuando vais á morir
uno solo viene á veros.
Limpiadle Vírgen piadosa,
la sangre con los cabellos,
y pues le deja su Padre,
vea á su madre á lo menos.
Id vos con ella alma mia,
entrad con ella en el huerto,
no sospechen que os quedais
con el que viene á prenderlo.

Decidle, dulce Jesus,
aquí estoy al lado vuestro,
para padecer por Vos,
no para negaros luego.
Vámonos presos los dos,
pues vais por mi culpa preso;
cinco mil son los azotes,
muchos son, partir podemos.

ROMANCE III.

A los azotes que dieron á Cristo nuestro Señor.

Mira Juan por la ventana
de la casa de aquel Juez
puesto en la columna Cristo,
su maestro y nuestro bien.
Las manos que al cielo hicieron
atadas con un cordel
en una aldaba de hierro
que yerro del hombre fué.
Y porque á las espaldas
el mármol no alcanza bien,
tiene los brazos cruzados,
para que sin cruz no esté.

Mira que vuelve el Cordero
la piedra en jaspe despues,
pues con cinco mil azotes
le desollaron la piel.
Y que enternecido el màrmol
céra se quiere volver,
pues es mas blando que el hombre
estando Dios atado á él.
Razon el mármol tenia,
porque cuantos le ofendeis
mármoles sois en que azotan,
á Cristo santo otra vez.
Viendo pues el sacerdote
Divino Melquisedech,
cubierto de cardenales
de la cabeza á los pies.
Con tierno llanto le dice
su secretario fiel;
¿Qué es aquesto Jesus mio?
¡ay de los ojos que os ven!
De azucena os habeis vuelto
tan deshojado clavel,
que os olvidais de ser Dios
para tenernos en pie.

Pensé llamar vuestra Madre,
mas, ¡ay Dios! ¡como podré
dar á sus tiernas entrañas
un cuchillo tan cruel!
Aunque de su fortaleza
no tengo yo que temer,
que si estais vos en columna,
columna es ella tambien.
Porque vuestro Eterno Padre,
con su divino poder,
de tales columnas hizo,
las puertas de Ecequiel.
Qué bien hicisteis Señor,
que fuese muerto José,
que con ser padre adoptivo,
no hubiera fuerzas en él.
De veros en un pesebre,
lloró de amor en Belen;
¿qué hiciera si tal os viera
nuestros años treinta y tres?
Gran maldad hizo el amigo
que cenó con vos ayer,
pues todo el valor del cielo
dió por tan corto interés.

Los que á ayudaros juraron
lo cumplen tan al revés,
que hasta los gallos que cantan
dicen que los falta fé.
Si en vuestro pecho dormí,
hacedme, Señor, merced
que vele con él ahora,
y me regale con él.
Esto dijo Cristo á Juan;
almas, llorad y tened
lástima de ver que azotan
por los esclavos al Rey.

ROMANCE IV.

A la corona de espinas.

Coronado está el Cordero,
no de perlas ni zafiros,
ni de claveles ni flores,
sino de juncos marinos.
Su santísimo cerebro
le traspasan atrevidos
frutos que nos dió la tierra
desde que Dios la maldijo.

Mas lo que causa dolor
es ver que se hayan subido
desde las plantas de Adan
á la cabeza de Cristo.
De zarzas está cercado
aquel soberano trigo
que el espíritu de Dios
sembró en el campo virgíneo.
Entre las espinas verdes,
para mayor sacrificio,
el Cordero de Abraham
está esperando el cuchillo.
Ya las hijas de Sion
al rey Salomon han visto,
en el dia de sus bodas
coronado de jacintos.
. ¡Ay divino Dios de amor,
Cupido y harto escupido
de aquellas infames bocas
mas fieras que basiliscos.
Venda os ponen en los ojos
que quieren, Dios infinito,
que seas, Jesus vendado,
pues fuiste Jesus vendido.

Para daros golpes fieros
os cubren porque imagino,
que como sois tan hermoso,
no se atreven sin cubriros.
Los hombres, Señor, os ciegan
que piensan que sus delitos
no verá quien siendo Dios
vé los pensamientos mismos.
Para daros bofetadas
el hombre os hace adivino,
pues dicen que adivineis
las manos que os han herido.
Yo he sido dulce Jesus,
yo he sido dulce bien mio,
el que en Vos puso las manos
con mis locos desatinos.
Yo soy por quien arrancaron
esos cabellos benditos
que diera el cielo por ellos
todos sus diamantes ricos.
¡Si viera, dulce Jesus,
la Virgen, que cuando niño
los peinaba y regalaba,
arrancarlos y escupirlos!

Si ella viera maltratarlos,
diera tan recios suspiros,
que los ángeles lloraran,
y temblara el cielo mismo.
Una vez os vió la Esposa,
como las rosas y lirios
á sus puertas con el alba
coronado de rocio.
¡Cómo llamaréis ahora
al alma que está en sus vicios,
llena de sangre que corre
sobre esos ojos divinos!
Mirad, alma que le sacan,
y que dice el pueblo á gritos:
Jesus muera, y Barrabás
viva en hurtos y homicidios.
No seas tan dura y fiera,
que entre tantos enemigos,
pidas que viva un ladron,
y que den la muerte á Cristo.

ROMANCE V.

Al Ecce Homo.

El juez mas lisonjero,
que con su Principe ha sido,
por interés de su gracia
y por no perder su oficio.
En un balcon de su casa,
azotado y escupido,
para que el pueblo le vea,
puso al inocente Cristo.
Despues de noche tan fiera
aparece el sol teñido
en sangre, y en vez de rayos
puntas de juncos marinos.
A las llagas de su cuerpo
pegado el rojo vestido,
que tambien se hiciera rojo
si fuera de blanco armiño.
Veis aquí, les dice, al hombre
á quien desde el cielo dijo,
con su voz, el Padre Eterno:
Este es mi Hijo querido.

Aquí le traigo encomendado:
oh, ¡qué estraño desatino
querer encomendar á un Dios
tan bueno y tan infinito!
Quita, quita, le responden
viejos, ancianos y niños:
muera, muera, muerte infame
pues Hijo de Dios se hizo.
Ay Jesus, Hijo de Dios,
que ese nombre y apellido
no le teneis Vos hurtado,
que sois igual á Dios mismo.
Virgen santa, decid Vos
lo que el ángel os ha dicho
de él, lo que los profetas
dijeron por tantos siglos.
Y que este preso azotado
es aquel que cuando niño
le adoraron los tres Reyes
y Vos que llevásteis á Egipto
Abonadle, Virgen bella:
decid que de Dios es Hijo,
que puesto que sois su Madre
bien valeis para testigo.

Abonada sois, Señora;
todo el bien de Dios os vino:
Bienaventurada os llaman
los que son, serán y han sido.
Decid Vos que es el Cordero,
Bautista, aunque sois su Primo,
que quien por verdades muere,
bien merece ser creido.
Decid, ángeles hermosos,
éste es el mismo que vimos
nacer de amor abrasado,
aunque temblando de frio.
Decid, Pedro, Juan y Diego,
que á su Padre habeis oido,
que es su Hijo en el Tabor,
si el miedo os deja decirlo.
Llegad presto que dan voces
en aquel falso concilio
para que la vida muera
que es Dios sin fin ni principio.
Ay Virgen, mirad que quitan
á un fiero ládron los grillos,
y á Jesus ponen al cuello
la soga de mis delitos.

Paréceme que decís,
gloria de los ojos mios,
mas quiere el mundo un ladron
que á mí Cordero Divino.
Mientras le dan la sentencia,
alma, con tristes suspiros
decid á su Eterno Padre
que se duela de su Hijo.
Señor, aquí está el esclavo,
que soy de la muerte digno;
pero está cerrado el cielo:
no querrá su Padre oiros:
Volved á la Virgen Sacra,
y acompañad su martirio,
que tambien mata el dolor
donde no alcanza el cuchillo.

ROMANCE VI.

Al llevar la Cruz á cuestas.

La leña del sacrificio
lleva el obediente Isaac,
aunque no ha de bajar ángel
á detener á Abraham,

Que el puro y manso Jesus,
que el Bautista en el Jordan
llamó Cordero de Dios,
se quiere sacrificar.
El que entre Moisés y Elías
vieron Diego, Pedro y Juan,
en la cumbre del Tabor
lleno de luz celestial.
Este mismo muere triste,
no lejos de la ciudad;
porque juzguen que es ladron,
entre dos ladrones vá
Un madero lleva al hombro,
lagar en que se ha de pisar.
el solo racimo fértil
de aquella vid virginal.
En su delicado cuello
lleva el Principe de Paz
de dos pesadas columnas
su imperio y cetro Real.
Al son de trompas tristes
pregones injustos dan:
Esta es la justicia, dicen,
pero no dicen verdad.

Si esta es la enviada dijeran
bien pudieran acertar,
mas siempre se vale el mundo
de la disculpa de Adan.
Dicen que al César hurtaba
la romana majestad,
para hacerse rey, quien era
Hijo de Dios natural.
Mucho le pesa la Cruz,
los pecados mucho mas,
con ellos ha dado en tierra,
pues no les puede llevar.
Llevadlos, Jesus querido,
que si Vos no los llevais,
esclavos serémos todos
del tirano Leviatan.
Cayó Cristo, y por la frente
con el golpe desigual
se le entraron las espinas
lo que faltaban entrar.
Cególe el polvo los ojos,
si el solo se puede cegar,
la boca de sangre llena
se estampó en un pedernal.

Suspira el Manso Cordero,
y ayuda pidiendo está:
y á palos golpes y coces
le vuelven á levantar.
Como tiraban la soga,
volviendo el cuerpo hacia atrás
miró al cielo enternecido,
pero vióle sin piedad.
Ay virginales entrañas,
los pasos apresurad,
con angélico decoro,
si le quereis consolar.
Para conocer su rostro,
desfigurado y mortal,
la imágen del Padre eterno
con vuestras tocas limpiad.
Abrazadle, Vírgen santa,
porque si Vos le abrazais,
al regazo de esos pechos
consuelo el suyo tendrá.
Mas el descomedimiento
de esa gente desleal,
atropellará furioso
vuestra santa honestidad.

Mejor es, alma, que vos
con vuestra cruz le sigais,
porque quien tras él las lleva
ese le viene á ayudar.
Que si de vuestros pecados
el peso á la cruz quitais,
haréis que ella pese menos,
y Cristo camine mas.

ROMANCE VII.

Al desnudarle la túnica.

En tanto que el hoyo caban
adonde la cruz asienten,
en que al Cordero levantan
figurado por la sierpe,
Aquella ropa inconsútil,
que, de Nazaret ausente,
labró la hermosa María
despues de su parto alegre.
De sus delicadas carnes
quitan con manos aleves
los camareros que tuvo
Cristo al tiempo de su muerte,

No bajan á desnudarle
los espiritus celestes,
sino soldados que luego
sobre su ropa echan suertes.
Quitáronle la corona,
y se abrieron tantas fuentes,
que todo el cuerpo divino
cubrió la sangre que vierten.
Al despegarle la ropa
las heridas reverdecen,
pedazos de carne y sangre
salieron entre los pliegues.
Alma pegada en tus vicios,
si no puedes ó no quieres,
despegarte tus costumbres,
piensa en esta ropa y puedes.
A la sangrienta cabeza
la dura corona vuelven,
que para mayor dolor
le coronaron dos veces.
Asió la soga un soldado,
tirando á Cristo de suerte,
que donde vá por su gusto
quieren que por fuerza llegue.

Dió Cristo en la cruz de ojos,
arrojado de las gentes,
que primero que la abrace
quieren tambien que la bese.
Qué cama os está esperando,
mi Jesus, bien de mis bienes,
para que el cuerpo cansado
siquiera á morir se acueste!
Oh qué almohadas de rosas
las espinas os prometen!
Qué corredores dorados
los de esos falsos crueles!
Dormid en ella, mi amor,
para que el hombre despierte
aunque mas dura se os haga
que en Belen entre la nieve.
Que en fin aquella tendria
abrigo de las paredes,
las tocas de vuestra Madre,
y el heno de aquellos bueyes.
Què vergüenza le daria
al Cordero santo el verse,
siendo tan honesto y casto,
desnudo entre tanta gente!

Ay divina Madre suya,
si ahora llegaseis á verle
en tan miserable estado,
quién ha de haber que os consuele!
Mirad, Reina de los cielos,
si el mismo Señor es este
cuyas carnes parecian
de azucenas y claveles.
Mas ay: Madre de piedad,
que sobre la cruz le tienden
para tomar la medida
por donde los clavos entren,
¡Oh terrible desatino!
medir al inmenso quieren;
pero bien cabrá en la cruz,
el que cupo en un pesebre.
Ya Jesus está de espaldas,
y tantas penas padece,
que con ser la cuz tan dura,
ya por descanso la tiene.
Alma de pórfido ó marmol,
mientras en tus vicios duermes,
dura cama tiene Cristo,
¿no te despierta la muerte?

ROMANCE VIII.

Al levantarle en la cruz.

Vuestro Esposo está en la cama,
alma, siendo vos la enferma;
pasemos á visitarle,
que dulcemente se queja.
En la cruz está Jesus,
adonde morir espera
el postrer sueño por vos:
bien será que esteis despierta.
Llegad y miradle echado,
enjugadle la cabeza,
que el rocío de la noche
le ha dado sangre por perlas.
Mas cómo podrá dormir?
que ya la mano siniestra
le clavó un fiero verdugo:
nervios y ternillas suenan.
Poned, alma, el corazon,
si llegar á Cristo os dejan,
entre la cruz y la mano,
porque os le claven con ella.

Mas, ¡ay Dios! que ya le tiran
de la mano, que no llega
al barreno que á la Cruz
hicieron las suyas fieras.
Con una soga doblada
atan la mano siniestra
del que á desatar, venia
tantos esclavos por ella.
De sus delicados brazos
tiran juntos con tal fuerza,
que todas las coyunturas
le desancajan y quiebran.
Alma lleguemos ahora,
con coyuntura tan buena,
que no la hallareis mejor
aunque está Cristo sin ella.
Clavan la siniestra mano
haciendo tal resistencia
el hierro alzando el martillo,
que parece que le pesa.
Los divinos pies traspasan,
y cuando el verdugo hierra
de dar en el hierro el golpe,
en la carne santa acierta.

Por los pies y por las manos
de Jesus los clavos entran
pero á la Virgen María,
el corazon atraviesan.
No dan golpe los martillos
que en las entrañas no sea
de quien fué la carne y sangre
que vierten y que atormentan.
A Cristo en la cruz enclaban
con puntas de hierro fieras,
y á María crucifican
el alma clavos de penas.
Al levantar con mil gritos
la soberana bandera
con el cordero por armas,
imágen de su inocencia.
Cayó la viga en el oyo,
y al punto que tocó en tierra,
desgajandose las manos,
dió en el pecho la cabeza.
Salió de golpe la sangre
dando color á las piedras,
que, pues no la tiene el hombre,
bien es que tenga vergüenza.

Abriéronse muchas llagas,
que del aire estaban secas,
y el inocente Jesus
del dolor los ojos cierra.
Pusieron á los dos lados
dos ladrones por afrenta,
que á tanto llegó su envidia
que quieren que lo parezca.
Poned los ojos en Cristo,
almas, este tiempo que os queda,
y con la Virgen María
estad á su muerte atenta.
Decidle: Dulce Jesus,
vuestra cruz mi gloria sea:
ánimo á morir, Señor,
para darnos vida eterna.

ROMANCE IX.

A Cristo en la cruz y las siete palabras.

Quén es aquel caballero
herido por tantas partes
que está de morir tan cerca,
y no le conoce nadie?

Jesus Nazareno dice
aquel rótulo notable:
ay Dios, que nombre tan dulce!
no merece muerte infame.
Despues del nombre y la patria,
Rey dice mas adelante;
pues si es rey, cómo de espinas
han osado coronarle?
Dos cetros tiene en la mano:
mas nunca he visto que enclaven
á los reyes con los cetros
los vasallos desleales.
Unos dicen que si es Dios
de la cruz descienda y baje:
otros que salvando á muchos
á si no puede salvarse.
De luto se cubre el cielo
y el sol de sangriento esmalte:
ó padece Dios, ó el mundo
se disuelve ó se deshace.
Al pié de la cruz María
está con dolor constante,
mirando al sol que se pone
entre arreboles de sangre.

Con ella su amado Primo:
haciendo sus ojos mares:
Cristo los pone en los dos
mas tierno porque se parte.
¡Oh lo que sienten los tres:
Juan, como primo y amante;
como Madre la de Dios;
que lo de Dios, Dios lo sabe!
Alma mirad, como Cristo,
para pedir á su Padre,
viendo que á su madre deja,
la dice palabras tales;
Mujer; *ves hai á tu Hijo*;
y á Juan, *ves hai a tu Madre:*
Juan queda en lugar de Cristo,
ay Dios que favor tan grande!
Viendo, pues, Jesus que todo
ya empezaba á acabarse.
sed tengo, dijo á los hombres,
sed de que el hombre se salve.
Corrió un hombre y puso luego
á sus lábios celestiales,
con una caña, una esponja
llena de hiel y vinagre.

En la boca de Jesus
pones hiel, ¿hombre, qué haces?
Mira que por ese cielo
de Dios las palabras salen.
Advierte que en ella puso
con sus pechos virginales
María en su blanca leche
mucha dulzura suave.
Alma sus labios divinos,
cuando vamos á rogarle,
aunque con vinagre y hiel
darán respuestas suaves.
Llegad á la Virgen bella,
y decidla con el ángel:
Ave, quitad su amargura,
pues de gracia sois el ave.
Sepa el fruto al vientre santo;
y á la dulce palma el dátil:
el alma tiene á la puerta,
no tengan hiel los umbrales.
Y si dais leche á Bernardo
porque su madre os alabe,
mejor Jesus la merece,
pues madre de Dios os hace.

Dulcisimo Cristo mio.
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas;
Dios sois, como Dios habladme.
Habladme, dulce Jesus,
antes que la lengua os falte,
no os descienda de la cruz
sin hablarme y perdonarme.

ROMANCE X.

El buen ladron.

Angeles que estais de guardia
en los presidios eternos,
al arma, al arma, á la puerta,
que quieren robar el cielo.
Qué importa que de diamante
os viese Juan muros bellos
que estando Cristo enclavado,
cómo podrá defenderos?
Si Cristo santo es la puerta,
ya se la rompen tres hierros,
cuyas llaves sangre bañen,
porque den vuelta mas presto.

Acechando está un ladron
por los mismos agujeros
si á la casa del tesoro
de Dios puede dar un tiento.
Como de su eterno Padre
es el escritorio el Verbo,
adonde guarda las joyas,
ganzúas de la fé han puesto.
Por las paredes humanas,
que hizo de Dios el dedo
en el vientre de Maria,
escala pone á su pecho.
Por la humanidad de Cristo
entra á Dios el ladron diestro;
pero llegando con fé
dicen que no es sacrilégio.
Robar quieren la custodia
de su mayor Sacramento,
con ver la hostia en el cáliz,
y el cáliz de sangre lleno.
No lleno aunque lo parece,
que todo se está vertiendo;
que anda revuelta la casa
cuando se muere su dueño.

Qué mucho que anden ladrones,
si ha de ser Cristo en muriendo
ganancia de pescadores
estando el rio revuelto.
Como se abrase la casa,
y dice Dios, fuego, fuego,
todas las joyas arroja
por las ventanas del Verbo.
No le defiende María,
que tambien su pecho tierno
está clavado en Jesus,
aunque se le arranca el pecho.
Como se le muere el Hijo,
no tiene la hacienda dueño,
que desde que le parió
la cuesta tantos tormentos.
Tampoco Juan le defiende,
que quien se durmió en su pecho,
mal podrá guardar tesoros,
que no se guardan durmiendo,
Pero ya el ladron famoso,
como otros muchos han hecho,
quiere acabar predicando
al que está con èl, diciendo:

Este padece sin culpa,
nos culpados padecemos:
Jesus, Hijo de David,
de mí te acuerda en tu reino.
Conmigo, responde Cristo,
estarás hoy, te prometo,
que como ve que se parte
hace barato del cielo.
Alma, llegad á la cruz,
que está Cristo todo abierto,
liberal y maniroto,
como se le acaba el tiempo..
No os quedeis por vuestra culpa
sin los tesoros inmensos:
Dios lleva un ladron consigo,
mirad cual anda el deseo.
Como todos le han dejado,
no se espante el mundo de esto,
que hacer caso de ladrones,
es á falta de hombres buenos.
Ahora que el cielo roban
es buena ocasion que entremos
que podrá ser que despues
le pongan candados nuevos.

ROMANCE XI.

Al espirar Cristo en la Cruz.

Desamparado de Dios,
el hombre puesto en un palo,
el alma tiene Jesus
en sus santísimos labios.
A su Padre Eterno mira,
abriendo los ojos santos,
que ya cerraba la muerte
atrevida el velo humano.
Con voz poderosa dice,
cielos y tierra temblando:
mi espíritu, Padre mio,
pongo en tus divinas manos.
Y bajando la cabeza,
sobre el pecho levantado
á la muerte dió licencia
para que flechase el arco.
Espira el dulce Jesus,
y del sangriento costado
sale aquella alma obediente,
dejando el cuerpo entre clavos.

Desnudo, muerto y sin honra
mira el Padre soberano
á su dulcísimo Hijo
por un miserable esclavo.
No manda que de la cruz
ejércitos soberanos
le desciendan y sepulten
en urnas de jaspe y mármol.
Manda al sol que se retire,
y lo hiciera sin mandarlo,
por no ver desnudo á Cristo,
hecho tormento á pedazos.
Que la tierra y mar se turben,
y que los hombres ingratos
sepan que ha muerto por ellos
un Hijo que quiere tanto.
Manda se vistan de luto
los celestes cortesanos,
y que se apaguen las luces,
de estrellas, planetas y astros.
Rompióse el velo del templo,
cayeron los montes altos,
abriéronse los sepulcros,
y hasta las piedras temblaron.

Mas llamando encantamiento
el pueblo á tales milagros,
quebrarle quieren los huesos,
que solo quedaban sanos.
Y como le hallaron muerto,
por ir seguro un soldado
puso la lanza en el ristre,
y arremetiendo el caballo,
Abrió por el sumo pecho
tanta herida á Cristo santo,
que descubrió el corazon
como buen enamorado.
El corazon que los hombres
vieron en obras tan claro,
quiso tambien que se viese
dar agua de sangre falto.
Alma, á la Virgen Maria,
considera en este paso,
que la traspasa el dolor,
si á Cristo el hierro inhumano.
Qué quereis á un hombre muerto,
les diria el lirio casto;
mas bien haceis porque creo
que sois de Cristo retrato.

Ya del nuevo Adan dormido
y de su abierto costado
sale la Iglesia, su esposa.
para bien de los cristianos.
Ya salen los Sacramentos
del Bautismo y del pan santo,
que como es horno de amor,
sale en pan Dios abrazado.
De la ventana del cielo
ha quitado Dios el arco,
para que los hombres vean
que no tiene mas que darlos.
¿Pues dulcísimo Jesus,
si despues de pies y manos
tambien dais el corazon,
quién podrá el suyo negaros?

ROMANCE XII.

Al descendimiento de la Cruz,

Las entrañas de Maria
con nuevo dolor traspasan
los martillos que á Jesus
de la alta cruz desclavan.

Quién dijera dulces prendas
para santo bien halladas,
que para subir al cielo
no fuè menester escalas!
¡Mas qué mucho que se alcance
á la cruz santa arrimada,
ni que hecho pedazos venga,
si el cie.o á la tierra baja!
Ya no cae mas sangre de él,
porque si alguna quedára,
otra lanzada le dieran,
mas fué desengaño el agua.
Junto al sangriento costado
formaba una esponja helada,
devanando sus espinas
aquella madeja santa.
Los clavos baja á la Virgen
Nicodemus, porque bajan
desde el cuerpo de su hijo
á crucificarla el alma.
Con trabajo y con dolor
José la corona saca,
por estar en la cabeza
por tantas partes clavada.

A la Virgen la presenta,
que lás azucenas blancas
de sus manos vuelve en rosas,
y de su sangre las baña.
Ningun martirio de Cristo,
sino la corona santa
tocó en el cuerpo á la Virgen,
hiriéndola por tomarla.
Sacan sangre las espinas
de sus manos delicadas,
que junta con la de Cristo,
para mil mundos bastara.
La cual pone en su cabeza,
porque á su esposo le agrada
que sea lirio entre espinas
aquella venda de grana.
Ahora, hermosa María;
pareceis la verde zarza,
que aunque el fuego os baja muerto,
bien arde en vuestras entrañas.
Recibirle, gran Señora,
que de la sangrienta cama
Juan, Magdalena y José
á vuestros brazos le bajan.

Cuando niño estaba en ellos
haciendo y diciendo gracias,
que las del Padre tenia,
que fué su misma palabra..
Tomad esas manos frias,
y direis viendo las palmas,
que un hombre tan maniroto
no es mucho lo que nos daba.
Tomad los pies y vereis
qué bien el mundo le paga,
treinta y tres años que anduvo
solicitando su causa.
Poned en vuestro regazo
la cabeza soberana,
vereis que el esposo vuestro
ya no os arregla ni regala.
Y si el costado mirais,
y aquella profunda llaga,
Dios os dé paciencia, Virgen,
porque consuelo no basta.
Alma, por quien Dios ha muerto,
y muerte tan afrentada;
mira á su Madre divina,
y dila con tiernas ansias:

Desnudo, roto y difunto
os le vuelven Virgen santa,
naciendo os faltan pañales,
mortaja muriendo os falta.
Pidámosla de limosna
y entiérrele en pobres andas
la santa misericordia,
pues ella misma le mata.

ROMANCE XIII.

A la soledad de nuestra Señora.

Sola con sola la cruz,
los ojos puestos en ella,
y en sus virginales manos
clavos y espinas sangrientas:
Vueltos dos fuentes sus ojos,
que derraman vivas perlas,
llorando muerta una vida,
dice así una vida muerta.
Ay, cruz que en mi soledad,
conmigo amiga verdadera,
solo á la sola acompañas,
solo á la sola consuelas.

Dame tus dulces abr. zos
abraza á esta Madre tierna,
porque á falta de mi Hijo
los tuyos solos suplieran.
Quiero abrazarle, cruz mia:
¿pero que sangre es aquesta?
que pues sin fuego hierve
sin duda es la mia mesma.
¡Ay sangre de mis entrañas,
vertida por tantas puertas!
pues de mis venas saliste,
volved á entrar en mis venas.
¡Ay engañosa manzana!
!ay mentirosa culebra!
pues con esta sangre cobra
Dios de Dios todas sus deudas.
¡Ay sangre que vertió Dios!
ay sangre que Dios desea,
ay enamorado Adan,
ay mal persuadida Eva!
Llevó aquel árbol vedado
fruta de culpas y penas,
mas vos, cruz, una granada
coronada y pechiabierta.

Cómo fué fruta de invierno
y cogida en una huerta,
colgáronla por el hombre,
que trae la salud enferma.
Ya á los dos nos desfrutaron
de la dulce fruta nuestra,
pues la llevamos los dos,
yo con dolor, tú con pena.
Vuelve en tí á crucificarme,
no hayas medio que lo sienta,
que mal sentí é sin alma,
pues el sepulcro me encierra.
La lanza que le hirió muerto
á mí el alma me atraviesa,
que estaba en su pecho el alma,
por estar el mio sin ella.
Crucificarme de pechos,
y no de espaldas, cruz bella,
pues que la de Dios guardaste,
no es bien que yo te las vuelva.
Juntemos pechos y brazos,
que juntos es bien os vean
brazos y pechos que á Dios
en vida y muerte sustentan.

A Dios tuviste en los brazos,
atándola de manera
que pudo el ladron del hombre
llegar á hurtar sus riquezas.
Cruz, teniendo á Dios en peso
en él mostraste tus fuerzas,
pues le hiciste dar de sí
cuanto pudo y cuanto era.
Contigo me crucifica;
y si por clavos lo dejas,
aquí están aquestos tres
que hasta el alma me atraviesan.
¡Cómo siendo arco de paz
para mi lo eres de guerra,
pues son de mi corazon
aquestos clavos las flechas?
¡Ay, Hijo, si nunca criasteis,
cómo con clavos nos hierran?
pues vuestra madre es esclava,
hieren á la madre vuestra.
Oh ensangrentadas espinas,
que os subís á la cabez..
á que mi flor encarnada,
pues es rosa; espinas tenga.

¡Ay dolorosos despojos
de la victoria sangrienta!
venid á ser haz de mirra
de mi pecho y mi paciencia.
Herid el pecho que os ama,
y aquesta boca que os besa,
estos brazos y estos ojos,
dijo y quedose suspensa.
Con lágrimas acompaña,
alma, á su madre y tu Reina,
que sola al pie de la cruz
llora á su muerte y su ausencia.
El templo rompe su velo,
la luna en sangre se anega,
gime el aire, y brama el mar,
llora el sol, tiembla la tierra.
Alma, gime, tiembla y llora,
que hasta las piedras te enseñan,
pues rompen sus corazones
cuando el tuyo se hace de piedra.
¡Los muertos á quien dió vida,
sienten su pasion acerba,
y tu que se la quitaste
no lo sientes ni lo piensas!

ROMANCE XIV.

Al sepulcro de Cristo.

En el doloroso entierro
de aquel justo ajusticiado,
que por culpas y no suyas
quiso morir en un palo.
Las campanas clamorean
de los sensibles peñascos,
que es bien que las piedras hablen
tan en lastimoso caso.
Viste el sol bayeta negra,
y la luna mongil basto,
capuces la tierra y cielo,
que son del muerto criados.
La noche colgó de luto
las paredes del Calvario,
y el templo pesar mostró
sus vestiduras rasgando.
Las hachas son amarillas,
que los celestiales astros
como vieron su luz muerta
amarillas se tornaron.

De la caridad vinieron
á enterrarle los hermanos,
y los de la Veracruz,
con algunos del Traspaso.
Angustias y Soledad
al entierro acompañaron,
que era su madre cófrada,
y la primera que ha entrado.
No vino la clerecía,
que de doce convidados
uno solo se halló en él
que era del difunto amado.
Para amortajar el cuerpo
dió un piadoso cortesano
de limosna una mortaja,
de su inocencia retrato.
Hizo la madre el acetre
de sus ojos lastimados,
derramando agua bendita,
el Pater noster rezando.
Con olorosos ungüentos
úngen el cuerpo llagado,
de los vasos de sus ojos
mirra amarga destilando.

Llevan al difunto Dios
en los dolorosos brazos,
con lamentables suspiros,
tristes lágrimas llorando.

Llegan al sepulcro ageno,
y fué pensamiento sábio,
que para solo tres dias
basta un sepulcro prestado.

Abrió el sepulcro la boca,
y recibió á Dios temblando,
que aun las piedras si comulgan
han de temblar comulgando.

Alma, ven á las exequias
de Jesus enamorado,
que yace por tus amores
muerto, herido y desangrado.

Mira sin luz á la luz,
sin vida al que te le ha dado,
condenado al Salvador
por salvar al condenado.

Mira por tí á Jesus muerto,
y que muerto y enclavado,
te dice: ¡Ay esposa mia!
aunque me has muerto te amo.

Ves aquestos rojos pies,
y aquestas sangrientas manos,
mira este rostro escupido,
y este cabello arrancado.
Mira aquesta boca herida,
y aqueste cuerpo azotado,
y esta cabeza sangrienta,
y este pecho alanceado.
Entraré en estas heridas;
mas, ¡ay! que sangre han brotado:
cierta señal, alma mia,
qne eres tu quien las ha dado.
Yo te perdono mi muerte
como llores tus pecados,
que estoy para perdonar,
aunque muerto, no cansado.
Cesen ya las sinrazones,
alma basta lo pasado,
que será hacer de tus yerros
otra lanza y otros clavos.
Acábense con mi muerte
tus culpas y mis agravios,
porque es ofender á un muerto
de corazones villanos.

De tus culpas y mis llagaa
los dos quedaremos sanos
si derramases sobre ellas
mirra de dolor amargo.
Alma, mis heridas cura
con este bálsamo santo,
y las tuyas que tu hiciste,
las podrás curar llorando.
En el plato de tus ojos
me dá manjar de tu llanto,
y podrás decir que á un muerto
pudo dar vida este plato.
Amame tú como debes,
y viviremos entrambos;
tú enterrándote conmigo,
y yo en tí resucitando.



SUPLICA

A nuestro Señor Jesucristo.

—=—

Señor mio Jesucristo, por la amargura que pasaste en tu pasion y cuando salió tu ánima santísima de tu cuerpo, te suplico hayas misericordia de mí, porque cuando saliere mi ánima de este mi cuerpo, la encamineis al cielo.

Adoramoste, Señor mio Jesucristo, en la cruz clavado con la corona de espinas en la cabeza. Y por tu santa pasion te ruego que me librès del ángel malo. Amen.

FIN.